

EL MUNDO MILITAR.

Panorama universal

AÑO II.

DOMINGO 9 DE SETIEMBRE DE 1860.

NUM. 44.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

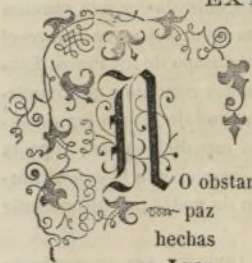
SUMARIO. Grabados.—Tipos drusos.—Siria: Sepulcro de Absalon en el valle de Josafat.—Francisco II, Rey de

Nápoles.—Vista de Milazzo.—El General napolitano Bosco.—Episodio de la guerra de Africa.

Texto. Crónica de la semana.—Biografía de D. Leopoldo O'Donnell.—Tumba de Absalon.—Sueños.—Novela.—Condiciones.

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.



No obstante las solemnes declaraciones de paz hechas en Lyon

y en Londres, no acaba la Europa de tranquilizarse por lo que toca á los temores de que los hechos que presenciarnos nos conduzcan irremisiblemente á las estremidades de la guerra. Por todas partes surgen rumores contradictorios relativos á ciertas potencias y á los redoblados esfuerzos que se están haciendo por reanudar alianzas, rotas ó interrumpidas por los incidentes de los últimos años.

Los rumores sin cesar renovados de un acuerdo directo entre las potencias del Norte, son, segun parece, resultado de negociaciones hechas por el Austria.

En las conferencias de Tœplitz, cuyos resultados son ya notorios, á pesar de haber sido oficialmente desmentidas, la Prusia se comprometió á interponer sus buenos servicios para reconciliar el Austria con la Rusia. Es indudable que se han dado pasos con

este objeto; pero hasta ahora no hay prueba alguna que demuestre el haberse conseguido. Hasta se asegura que la entrevista de Varsovia que debía consumar la reconciliacion no se llegará á verificar, y que el Emperador Alejandro no reunirá en aquel punto mas que sus principales representantes en el extranjero.

La prensa europea, siguiendo á ciertos periódicos ingleses, ha dado grande importancia al brindis del Emperador Alejandro al Emperador de Austria en una comida militar

en el campamento de Krasnoe-Selo. Otro diario extranjero, que se dice muy bien informado, explica ese suceso, y lo reduce á proporciones que nada significan sino un mero acto de galanteria del Czar.

El 18 de agosto, dia en que el regimiento ruso de Preobrajenskii celebra su festividad conmemorativa que dió lugar al banquete, es precisamente el aniversario del Emperador Francisco José. El representante de este Soberano se hallaba en el campamento, fué naturalmente invitado al

banquete, y su presencia dió lugar á que uniéndose dichas circunstancias, esto es, el aniversario de Francisco José, y la festividad del regimiento, pronunciase el Emperador el brindis á que tanta importancia han querido los periódicos ingleses atribuir.

Sea ó no cierta esta version, de todas maneras parece positivo que en Prusia no ha sido bien recibida la idea de la triple alianza, ni la de que para conseguirla se ofrezca esta nacion como mediadora de las desavenencias existentes entre los Gabinetes de Viena y San Petersburgo.

La opinion general de Prusia, mas bien dicho, la de la mayor parte de Alemania, se pregunta con qué podrá compensar Austria el apoyo y los sacrificios que, una vez establecida la proyectada alianza, se hallará con derecho á pedir.

Es digno de saberse que en tanto que Lord Palmerston iba anotando el progreso de las negociaciones en favor



TIPOS DRUSOS.

de esa triple alianza se manifestaban también sus órganos oficiosos cada vez mas hostiles contra la Francia.

No falta entre los pesimistas quien supone que los grandes aprestos de guerra que la Gran Bretaña sigue haciendo, y que hasta hace poco se achacaban á un refinamiento de suspicacia, reconocen alguna otra causa que empieza á traslucirse en ciertos actos del Gabinete de Londres. Afírmase que este ha dado últimamente á entender al Gobierno de Turin que no debe de contar con su apoyo, y que por el contrario se resigne á esperar su desaprobacion formal. Pregúntanse en vista de esto los pesimistas si la Gran Bretaña abrigará ulteriores miras respecto á la Sicilia, para cuya causa ha encontrado dinero y voluntarios en abundancia cosas de que careció por completo al tratarse de la independencia de Italia, que, segun propia confesion, es obra suya. La Inglaterra, siguen diciendo, no se resignará con facilidad á perder las inmensas sumas gastadas en los armamentos que acaba de hacer bajo el pretexto de un peligro que sabe muy bien que no ha de realizarse.

En Turin, tal vez por esa nueva manifestacion de la marcha que en los sucesos de Italia se propone seguir la Inglaterra, se han adoptado enérgicas medidas á fin de impedir la salida de los voluntarios para el Ejército expedicionario.

Hé aquí lo que sobre este particular dicen últimamente de Parma:

«Anteayer (25) cuatrocientos voluntarios vestidos de uniforme y acompañados de sus Oficiales, salieron en el tren del ferro-carril con direccion á Génova. Ayer esos mismos voluntarios regresaron á esta despues de haber sido recibidos en Génova por soldados que no les permitieron ni un momento de descanso. Oficiales y voluntarios se apearon de los carruajes entre una fila de soldados de linea y fueron conducidos á la ciudadela por las murallas sin permitirles entrar en la ciudad, y escoltados por agentes de policia y gendarmes. Por la noche los voluntarios que eran de esta ciudad fueron puestos en libertad despues de haber entregado el uniforme.»

Ignórase si estos cuatrocientos voluntarios de que habla la correspondencia de Parma, son los que obtuvieron permiso de embarcarse para Sicilia á consecuencia de haberlo exigido así M. Cavour como precio de su reconciliacion con el Gabinete.

Son notables las reflexiones que el *Times* hace respecto de la situacion política de la Europa.

«Una epidemia, dice, está en estos momentos causando horribles estragos en todas las naciones, y no es la Gran Bretaña la que menos espuesta se halla á sus funestas consecuencias. Si remedios calmantes hubiesen podido ejercer alguna influencia para modificar ese desorden nervioso, hace ya tiempo que gozaríamos de completa salud. Se nos han propinado, en efecto, toda clase de medicinas calmantes; pero en vano: cada nuevo médico se retira vencido por la crónica persistencia de la enfermedad. El nombre de esta epidemia es la *desconfianza*. Con razon se dice que la confianza es á manera de una planta que crece muy lentamente, y que los recelos, al paso que son mucho mas fáciles de crecer, son mucho mas difíciles de arrancar. No es culpa nuestra de que así suceda. Nada deseamos por nuestra parte, tanto como volver á nuestro antiguo estado de seguridad absoluta, á los gloriosos dias que precedieron á la guerra de Crimea; cuando apenas habia en todo el reino 20 cañones en estado de servicio; cuando no teníamos escuadra de la Mancha; cuando apenas se oía hablar de nuestro Ejército interior; y cuando llenos de confianza en nuestro deseo de estar en paz con todo el mundo, nos considerábamos como completamente seguros bajo el escudo de nuestras buenas intenciones. Esos dias han pasado ya; ahora tenemos un presupuesto marítimo y terrestre de 50 millones de libras, y una suma adicional de otros 9 millones para fortificar nuestros arsenales, sin contar todas las contribuciones, cuyo número no acertaríamos á calcular, que pesan sobre nuestra bizarra juventud, obligada á cubrir un contingente de 150,000 voluntarios.

«Si hubiese buenas palabras que pudieran convencernos de la inutilidad de todas esas cosas, ya habríamos abandonado hace tiempo esa actitud de preparativos completamente desagradables, y hubiéramos vuelto á recurrir al arado y los telares, que son nuestros elementos naturales.»

Pero mientras el *Times* se espresa en esos términos, Lord Palmerston dá lugar á que su salud, valiéndose de la alegoría del *Times*, se crea mas gravemente afectada de la epidemia reinante; así por lo menos parece revelarlo hasta por el violento acceso que sufrió en el Parlamento al combatir el proyecto del canal de Suez, cuya importancia general merece consagremos algunas palabras.

La empresa, segun el noble Lord, es impracticable. En tal caso podría contestársele que también es muy ridículo el temor de los que creen que, una vez llevada á cabo, ha de lastimar sus intereses. Si el canal de Suez es una utopia, ¿de qué podrá calificarse la animosidad con que se ocupan en combatirla la prensa y el Parlamento inglés? ¿Teme Lord Palmerston que la empresa de perforacion no es mas que un cebo fatal para los capitales que se hayan comprometido en ella? Admirable es esa tierna solicitud del noble Lord en cuidar del bien de los capitales extranjeros, puesto que no hay ni un solo capitalista inglés que los haya empleado en ese objeto. ¿No sería mas natural aplicar esa solicitud en poner remedio á los ruinosos gastos que indica el *Times* como efecto de la epidemia reinante en su propio país?

Otros son, seguramente, los temores que aquejan al noble Lord por lo concerniente al canal de Suez.

La *Patrie* se los indica con claridad al decir:

«Sabe (Lord Palmerston) que el Virey de Egipto, en su nombre y en el de sus sucesores, ha declarado solemnemente que el gran canal marítimo de Suez á Pelusa, y los puertos que de él dependan, quedarán abiertos á todos los buques mercantes que atraviesen de un mar á otro, sin distincion, exclusion, ni preferencia de personas ó nacionalidades. Sabe que el canal, cuya neutralidad queda de esa manera tan formalmente consagrada, permanecerá ademas puesto bajo la proteccion comun é inevitable de todos los intereses que habrá creado. Todas las potencias tendrán necesariamente que velar como interesadas para que se mantengan estrictamente los derechos de su navegacion y de su comercio. Una vez que estos hayan sido arreglados por convenios especiales, que como los que rigen en lo tocante al paso de los estrechos, figurarán en el número de los sancionados por el derecho de gentes, garantizarán para siempre al Egipto de la intrusion de toda influencia exterior, exclusiva y con mas razon de toda dominacion ú ocupacion extranjera.

A esto se refieren los inconvenientes que en Inglaterra encuentra la realizacion del proyecto; porque desde el momento que suceda, deberá esta nacion abdicar todo pensamiento de preponderancia en Egipto, y borrarlo para siempre del mapa de las posesiones que con tanta ansia desea para el porvenir.

Desde que el canal marítimo de Suez se encuentre bajo la salvaguardia del derecho internacional de Egipto, y se haya convertido para todas las naciones en centro de los mas grandes intereses, podrá considerarse como libre para siempre de la dominacion extranjera, á quien ya no le será dable intentar sobre aquel país nada que se parezca á la desposicion de los Principes indios, al golpe de mano de Gibraltar, ni á la usurpacion del Perim.»

Respecto de las otras dos grandes cuestiones que siguen preocupando la atencion de Europa, esto es, los asuntos de Italia y los sucesos de Siria, no puede decirse sino que la primera parece hallarse muy cercana á una crisis, pues si bien no creemos cierto que Garibaldi pueda «llegar á Nápoles y tomar la dictadura el dia 8» como, segun despacho telegráfico del 5, se dice haberlo prevenido al comité revolucionario, no puede, sin embargo, dudarse de que con próspera suerte sigue marchando hácia aquella ciudad.

La segunda cuestion, esto es, los sucesos de Siria, se hallan en el siguiente estado.

La expedicion francesa ha empezado á conseguir solo con su presencia buenos resultados, pues por lo menos empieza á tener aplicacion el merecido castigo contra los autores de aquellos abominables desórdenes, segun se deja ver por una correspondencia de Beyrouth en la que con fecha 22 de agosto se dice:

«Al amanecer del 20 han principiado á tener lugar las ejecuciones en Damasco, habiendo hecho colgar Fuad-Bajá á 37 criminales. Los cadalsos se habian levantado en diferentes partes de la ciudad á fin de producir honda impresion en aquellos habitantes.

Ciento diez individuos que servian al Gobierno, ya en calidad de *bachi-bouzouks*, ya como soldados del Ejército, fueron fusilados en Genk-Meidan, uno de los barrios mas fanatizados de Damasco. En suma, 167 personas han sufrido la pena capital.

Al dia siguiente los sentenciados á trabajos forzados y á prision saldrian con buena escolta para Beyrouth, é inmediatamente serian embarcados para Constantinopla.

El proceso formado al ex-Gobernador Ahmet-Agá y otros Oficiales continuaba sustanciándose ante el Consejo de guerra, cuyas sentencias se ejecutan luego que se pronuncian.

Muy pronto serian también juzgados los mas notablemente comprometidos en los últimos acontecimientos.

Los culpables que han podido evadirse despues de la matanza son también juzgados en rebeldía, y sufrirán la pena que se les imponga tan pronto como sean habidos.

Otra correspondencia de Damasco, fecha 14 de agosto dirigida á la *Gaceta del Mediodía*, anuncia que Fuad-Bajá habia adoptado las medidas necesarias para tranquilizar aquella ciudad, habiendo arrestado cerca de 2,000 personas de todas condiciones. Uno de los notables que intentó oponerse fué inmediatamente fusilado por las tropas. Habíase recuperado gran parte de los efectos robados, tales como muebles antiguos, almohadones, cojines; pero hasta aquella fecha no se habian descubierto objetos de valor, como joyas, oro, plata, etc. Quizá se hayan perdido definitivamente para los cristianos.

Sin embargo, estos justos castigos no parece que imponen todavía respeto al furor de aquellos bárbaros.

Al amanecer del 21 llegó á Beyrouth una cristiana anunciando que en el Líbano se habia encontrado con una reunion de Jefes drusos, y que se hallaban resueltos á caer sobre el campamento francés situado en el Campo de los Pinos. Esta mujer venia acompañada de otros dos cristianos que confirmaron su narracion. Esta noticia produjo, como era de esperar, bulliciosa alegría entre los expedicionarios, y grata satisfaccion á los maronitas que, acariciando la empuñadura de sus alfanges, se regocijaban de poder por último salir de su forzada inaccion.

Desgraciadamente los drusos tuvieron por conveniente dejar para otra ocasion la proyectada visita.

Un simpático joven maronita, llamado José Karam, ha sido encargado por Ahmet-Bajá para formar un cuerpo de 200 ginetes de sus correligionarios, que subvencionados por el Gobierno otomano se emplearán en cubrir el camino de Beyrouth á Trípoli.

Por lo demas ahora se ve con claridad que las tristes relaciones publicadas por los periódicos acerca de aquellos sucesos distaban todavía mucho de la horrible realidad. Seiscientas mujeres maronitas han llegado últimamente á Beyrouth en el estado mas deplorable; todos los hombres de su tribu, sin distincion de edad, fueron degollados, y algunas de aquellas infelices deben su salvacion á la misericordia de los drusos.

Es ya indudable que todos los atentados cometidos no se deben sino al implacable fanatismo de los soldados musulmanes, cuya consigna era *muerde á los cristianos*. Tiénese por seguro que si la conjuracion que venian preparando desde los sucesos de Djedah no hubiese estallado imprematamente por las desavenencias ocurridas entre los drusos y los maronitas, la matanza se habria simultáneamente extendido desde las orillas del Mar Rojo á la India, al Sur de Africa, y á la Turquía asiática y europea.

Ha tenido lugar en Chile un atentado semejante al que ha despojado de la vida al Principe Danilo en Montenegro. El Presidente Castilla fué herido gravemente el 26 de julio por un asesino que le disparó un pistoletazo. La bala le atravesó el brazo y le imposibilitó abrir el Congreso el dia 28.

Nueva-Granada era teatro de espantosos desórdenes, y el General Obando, que mandaba una columna de insurgentes habia sido derrotado.

En Méjico los trastornos políticos llegaban al extremo de desearse una intervencion europea.

INTERIOR.

S. M. la Reina tuvo á bien recibir á las cuatro de la tarde del 5 la embajada que con motivo de la paz que en 26 de abril último puso término á la guerra de Africa, resolvió enviarle el Sultan de Marruecos.

Esta mision se componia del Embajador Sid-el-Hache-Abderramen-Escharfi; del Califa ó Teniente de este, Sid-el-Hache-Múhdi-el Bennéni; del Califa de este, Sid-el-Hache Ahmed-Eschebli-Ben-Abd-el-Mélec; del Jefe militar, Sid-Mahammed Emquesched, y de cuatro Caidés ó Capitanes, que con el último hacen las veces de Secretarios.

A la hora prefijada cuatro carruajes de la casa Real con tiros de caballos de gala, con sus correspondientes lacayos y mancebos, un Caballerizo de Campo y un correo de caballerizas, se hallaban esperando en el palacio de Buena-Vista, donde estaba alojada la mision, las órdenes del señor Introdutor de Embajadores, que desde su casa fué conducido á dicho palacio en otro carruaje de la Real casa.

A las tres emprendió su marcha la comitiva en el orden siguiente:

Precedía un cabo con cuatro batidores de caballería, é inmediatamente despues seguian tres carruajes de la Embajada con los regalos que envia el Sultan á S. M., custodiados por parejas de la Guardia civil, y en pos cuatro caballos, regalo también de aquel Soberano á la Reina nuestra Señora, conducidos del diestro por individuos de la servidumbre mora de la mision. Venian despues un coche de la casa Real llevando á los cuatro Caidés; otro de respeto y otro con el tercer enviado Sid-Eschébli, el Jefe militar y primer Secretario Sid-Mahammed-Emquesched, el Secretario de la Legacion de S. M. en Tánger, comisionado para acompañar á la mision, D. José Diosdado, y el segundo Comandante del vapor de guerra *Isabel II*, que condujo á España á los enviados, D. Pedro Tineo. Ocupaban, por último, el cuarto coche del Embajador Sid-Eschárfi, Sid-el-Bennéni, el Excmo. Sr. D. Diego de Biedma y Fonseca, Introdutor de Embajadores, y el intérprete D. Fernando Azancot, Oficial segundo de la Secretaria de la Interpretacion de lenguas. Iba á la portezuela de la derecha de este coche el Oficial que mandaba la escolta; á la de la izquierda el Caballerizo de Campo, y detrás una escolta de caballería.

Dirigióse en esta forma la comitiva al Real Palacio por la calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle Mayor y Arco de la Armeria.

Formada con anticipacion la guardia exterior del Real Palacio en orden de parada, hizo los honores de Ordenanza á los Enviados marroquíes, que pasaron solos por medio de las filas, entrando sus coches hasta la escalera principal. Esta se hallaba cubierta por los Guardias Alabarderos, á quienes con la música esperaban la subida de los enviados, á quienes aguardaban en el primer descanso el Sr. Sumiller de Corps con cuatro Mayordomos de semana de S. M.; y acompañados SS. EE. por el personal de la Embajada, por el Introdutor de Embajadores, por el Sr. Diosdado, el intérprete de S. M. y el Sr. Tineo, y por los citados funcionarios de Palacio, llegaron á la sala destinada para esperar el aviso de S. M.

Puesta en noticia de la Reina y del Rey la llegada de los enviados ocuparon SS. MM. el Trono, teniendo á la derecha á los Ministros de la Corona y á los grandes de España; á la izquierda á la familia Real y á las damas, y en frente á los Mayordomos de semana y á los Oficiales mayores de Alabarderos.

Descorrida la cortina, el Introdutor de Embajadores anunció en alta voz á los enviados, entrando estos en el salon con aquel funcionario á la derecha y detrás los señores Diosdado, Azancot y Tineo. Acercándose los enviados al Trono con tres reverencias á proporcionadas distancias desde la puerta en que empezó la primera, pronunció el Embajador Sid-Eschárfi el siguiente discurso en árabe, que traducido repitió á S. M. en castellano el Excmo. Sr. D. Saturnino Calderon Collantes, primer Secretario de Estado, que se hallaba á su derecha:

«Loor á Dios único. Solo su reino es eterno.

Os tributamos el debido homenaje, magnífica, reverenciada, honrada, ilustrada, entendida y preciada Sultana, que con vuestra benevolencia teneis esclavizados los corazones y otorgais á quien os implora lo que suplica y anhela. Nuestro dueño y Señor el bondadoso y magnífico Sultan Sidi-Muhammed, al ocupar el Trono del imperio de sus piadosos antepasados, recordando los medios que emplearon aquellos para afianzar el afecto y asegurar la amistad, particularmente su abuelo, el bienaventurado Sidi-Muhammed

Ben-Abd-Allá, que os envió por dos veces un Embajador; y siguiendo las huellas de los hechos de aquellos, y en la seguridad que toda ventaja consiste en semejante procedimiento, pues ha visto que esto produce la union reciproca entre los dos Gobiernos, y el afecto y la adhesion entre las dos naciones, me ha enviado á V. M. acompañado de mi comitiva, con el objeto de renovar las relaciones entre vos y asegurarse en todo lo posible vuestra benevolencia, de modo que esta aparezca en la mas firme base á los ojos de las próximas así como á los de las mas apartadas naciones. Hé aquí en mis manos el augusto escrito que os dirige, en el cual pone en vuestro conocimiento que ocupais en su corazon espacioso sitio y principal lugar, y que el afecto de los padres lo han heredado los hijos.

Desde el día de nuestra entrada en vuestro reino no se ha cesado de obsequiarlos con espléndida hospitalidad, honrándolos y no permitiéndolos que careciéramos de nada. Seguros de que así se ha hecho por orden vuestra, os damos rendidas gracias.»

S. M. se dignó contestar en los términos siguientes:

«Señor Embajador: Acepto con suma complacencia los sentimientos que acabais de expresarme en nombre de vuestro Soberano, y me es en extremo grato saber que desea restablecer las relaciones que en tiempos no remotos cultivaron esmeradamente sus antepasados con algunos de mis augustos progenitores.

Borradas las huellas que abrieron, la amistad, apenas formada, se habia convertido en aversion ó desvío.

No se conocian ya los dos pueblos, y el cielo quiso que se vieran en uno de aquellos momentos supremos en que, desplegando sus altas cualidades, despues de combatirse acaban por estimarse.

La paz abre entonces vastos y magníficos horizontes á la inteligencia y actividad de las naciones para elevarse á un alto grado de prosperidad y grandeza.

Llegais, pues, en dias favorables para echar las bases de la amistad firme y duradera que ha de proporcionar á los dos pueblos tan deseados beneficios.

Habeis sido recibidos en todas partes con la noble y cordial expansion con que España responde siempre á las demostraciones de consideracion, de confianza y de afecto. Difícilmente hubiera podido elegir vuestro Soberano Representante mas digno, órgano mas fiel de sus pensamientos y deseos.

La mision que desempeñais dejará en mis pueblos permanentes recuerdos, y me lisonjea la esperanza de que al regresar de este país llevareis á vuestro Soberano, en la contestacion que daré á su escrito, y en las impresiones de vuestras almas, la seguridad de nuestro aprecio, la confianza en nuestra amistad, la fé en nuestras palabras.»

Terminada la respuesta de la Reina, SS. MM. bajaron del Trono, y entonces Sid-Eschárfi, que habia recibido de manos de Sid-el-Emquesched la credencial del Sultan en una cartera de terciopelo bordado de oro, la entregó á S. M. la Reina, mediando algunas frases benévolas de S. M., á que contestó el Embajador con respetuosa deferencia. Concluido este acto, y hallándose presentes SS. AA. RR. el Sermo. señor Príncipe de Asturias, las Serenísimas Sras. Infantas doña María Isabel y doña María de la Concepcion, los Sermos. señores Infantes Duques de Montpensier y sus augustos hijos, y el Sermo. Sr. Infante D. Sebastian Gabriel, les fueron presentados los señores enviados de Marruecos con el ceremonial de costumbre. Acto continuo pasaron SS. MM. y AA. RR., los enviados y las respectivas comitivas á la habitacion en que se habian colocado las cajas con los regalos del Sultan. Abiertas aquellas por los enviados, ofrecieron estos su contenido á S. M. la Reina, y se retiraron con las personas que los acompañaban, haciendo las mismas reverencias que al entrar en el salon del Trono.

Terminadas estas ceremonias se restituyó la mision marroquí al palacio de Buena-Vista en la misma forma y con el mismo acompañamiento con que pasaron á la audiencia. Desde su habitacion despidieron al Caballerizo de campo, mandando asimismo retirar la servidumbre de gala, y en dos carruajes de las Reales caballerizas, con troncos de caballos, se trasladaron á hacer las visitas de etiqueta al Sr. Presidente del Consejo de Ministros y al señor primer Secretario de Estado, con el Sr. Introdutor de Embajadores, el Intérprete de S. M., y los Sres. Diosdado y Tineo.

BIOGRAFÍA

DEL EXCMO. SR. CAPITAN GENERAL

DON LEOPOLDO O-DONNELL,

DUQUE DE TETUAN, CONDE DE LUCHANA Y VIZCONDE DE ALIAGA.

(Continuacion.)

V.

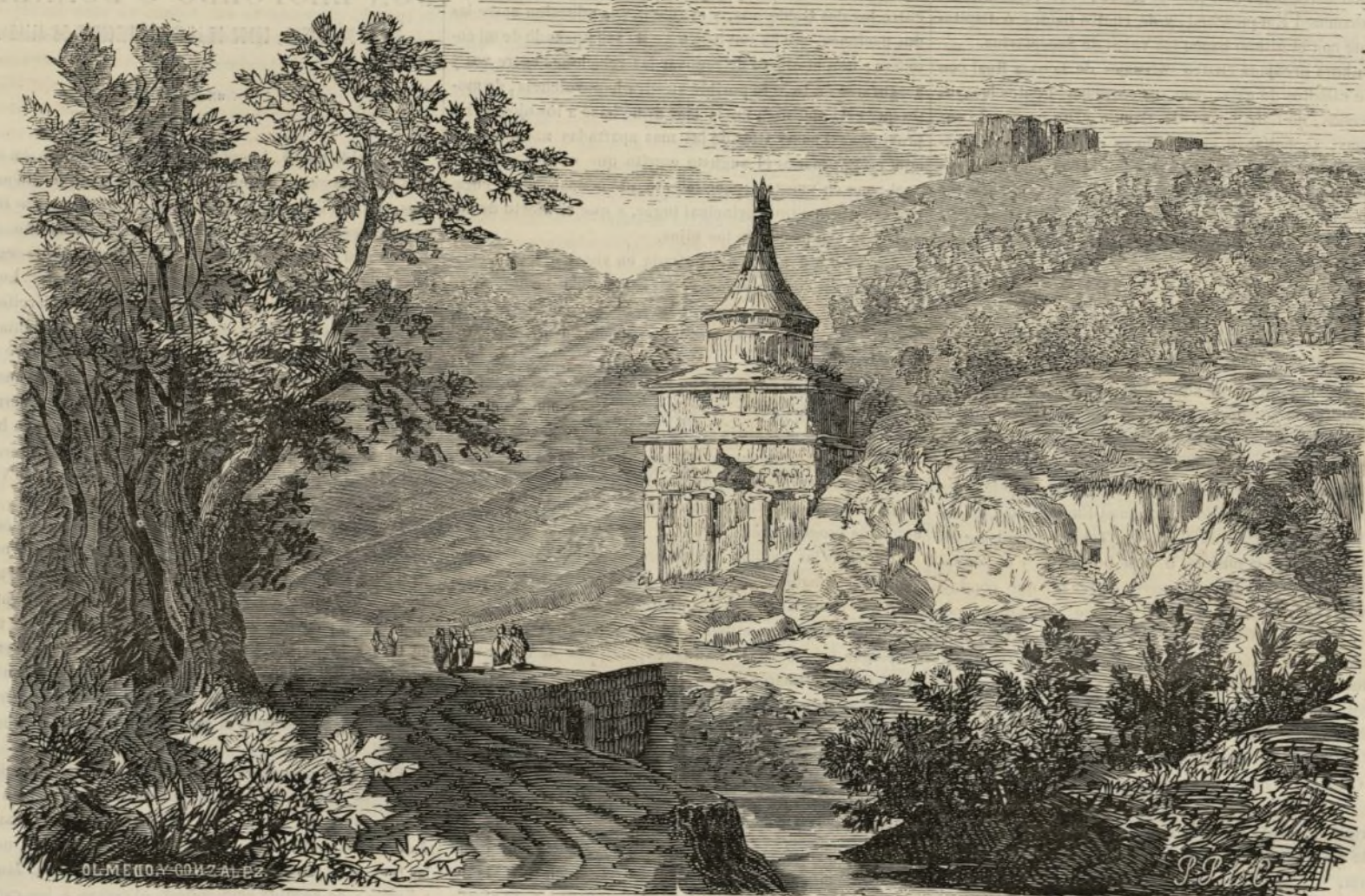
La herida que D. Leopoldo O-Donnell recibió en la accion de Galarreta, complicada con un terrible ataque de tifus, en que llegaron á desahuciarle los médicos, le obligó á permanecer cerca de un año en Vitoria y Logroño, atendiendo á su curacion. La guerra, entre tanto, habia seguido con vario suceso para los dos partidos beligerantes. Los Generales que habian sucedido en el mando del Ejército carlista del Norte al malogrado Zumalacárregui, no habian obtenido sobre los isabelinos los triunfos que este; pero mantenian viva la guerra; aumentadas y disciplinadas sus huestes; y contaban con el apoyo decidido del país donde operaban. Otros Generales y caudillos del mismo bando habian logrado por aquel tiempo dar grande incremento á la guerra dinástica en las provincias de Cataluña, de Aragon, de Valencia y Murcia.

El General Espartero habia sucedido al General Córdova en el mando del Ejército del Norte. Este Ejército no era ciertamente mucho mas numeroso que el carlista; carecia de los elementos mas necesarios para llevar adelante las operaciones; las que se emprendieron en el mes de marzo de 1837, con arreglo á un plan remitido por el Ministerio de la Guerra al General en Jefe, tuvieron un triste resultado; habiendo sido batido el General de la legion inglesa Sir Lacy Ewans, por los carlistas al mando del Infante D. Sebastian Gabriel.

Entrada la primavera, el General en Jefe, Conde de Luchana, se resolvió á tomar de nuevo la ofensiva bajo el siguiente plan de operaciones. El Ejército debia marchar desde Bilbao á San Sebastian; en este punto se le unirian las fuerzas españolas y británicas de los Generales Jáuregui y Ewans; en seguida emprenderia el cerrar á los carlistas la frontera de Francia; estableceria sólidamente las bases de operaciones y avanzaria despues hácia el centro del país á ofrecer al enemigo una batalla decisiva. Si se alcanzaba la victoria, los carlistas se verian obligados á abandonar sus posiciones privilegiadas, y á replegarse sobre el litoral del Océano; ó sobre las márgenes del Ebro, para precipitarse en Aragon ó Castilla, donde el Ejército victorioso esperaba acabarlo de destruir con su caballería mas aventajada y numerosa. En caso de una derrota, el Ejército isabelino se retiraria á la escelente plaza de San Sebastian, donde con facilidad podria rehacerse, teniendo abierta y segura la comunicacion con Francia. Otro objeto muy principal se proponia el General Espartero al tomar la ofensiva: el evitar la expedicion que proyectaba el Pretendiente al interior de la Península, con lo mas florido de sus tropas y sus mejores Generales, para escitar con su presencia el ardor y la adhesion de los numerosos adeptos que tenia en Aragon y Castilla.

El 9 de mayo el General Espartero llegó á San Sebastian con su cuartel general y el regimiento de Guías. D. Leopoldo O-Donnell se hallaba entonces restablecido del tifus, pero tenia abierta la herida; sin embargo, sabiendo las operaciones que se iban á emprender, contra la opinion de los facultativos, se apresuró á presentarse en el cuartel general del Ejército. El General en Jefe inmediatamente que se presentó le dió el mando de una brigada. El día 13 comenzaron las operaciones: en este día y el siguiente, D. Leopoldo O-Donnell concurrió á la toma de las líneas de Oriamendi y del pueblo fortificado de Hernani.

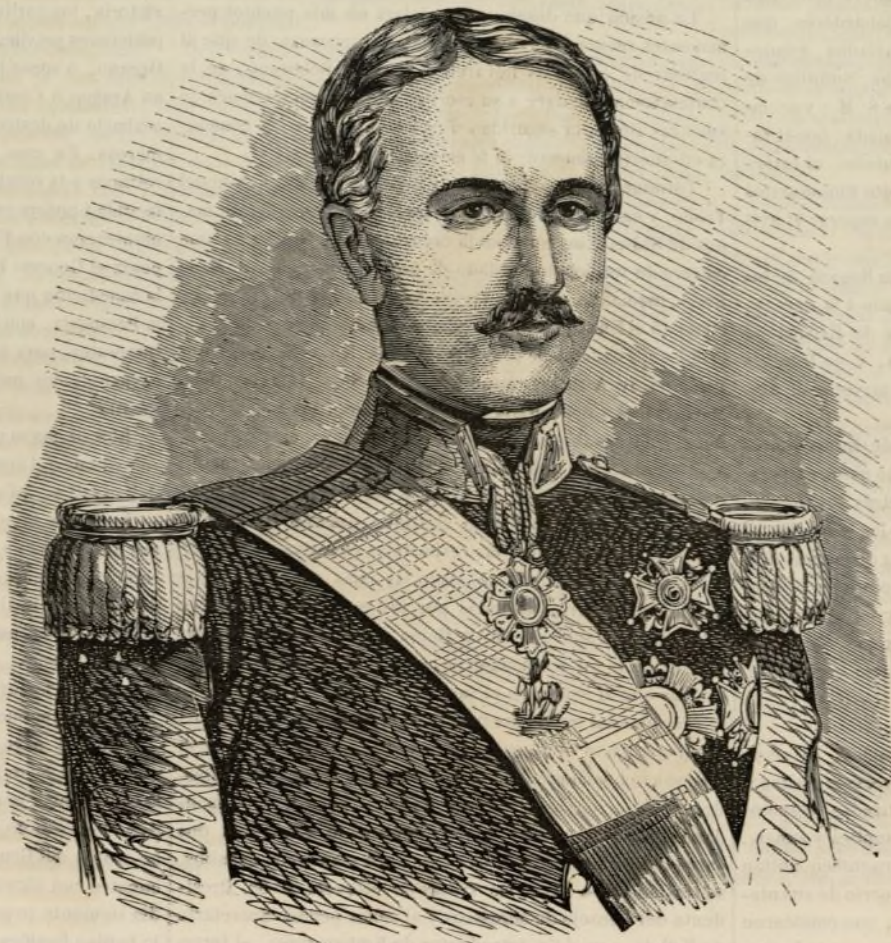
El 13 de mayo formó parte con su brigada de las fuerzas que al mando del General Ewans debian atacar á Irun y Fuenterrabía, con lo cual quedaba terminada la primera parte del plan de campaña antes espuesto. El mismo día 13 las tropas del General Ewans tuvieron en su marcha un encuentro con algunos batallones carlistas en Oyarzun; y el día siguiente se presentaron delante de Irun. Este pueblo lo habian fortificado los carlistas con inteligencia, y habian construido ademas un fuerte destacado, artillado con seis



SIRIA : SEPULCRO DE ABSALON EN EL VALLE DE JOSAFAT.

piezas de grueso calibre, que dominaba el pueblo y las alturas inmediatas. Sobre las alturas de San Marcial tomaron posición los batallones carlistas que el día antes se habían presentado en Oyarzun.

El General Ewans circunvaló el pueblo y mandó levantar dos baterías contra el fuerte destacado; el Brigadier O'Donnell fué el encargado de proteger estas baterías y de cubrir aquel frente de ataque. Las baterías del fuerte incomodaban á los trabajadores causándoles bastante daño; para evitar esto, D. Leopoldo O'Donnell fué conduciendo personalmente las compañías de tiradores y cazadores de su brigada, por las zanjás, vallados y sinuosidades que ofrecía el terreno, hasta que logró situar á poco mas de tiro de pistola del fuerte un cordón de tiradores, que con sus certeros fuegos casi apagaron los del enemigo. Destruídas las principales obras del fuerte, D. Leopoldo O'Donnell preparó sus tropas para el asalto, que debía iniciar y dirigir él mismo puesto al frente de las compañías de preferencia de

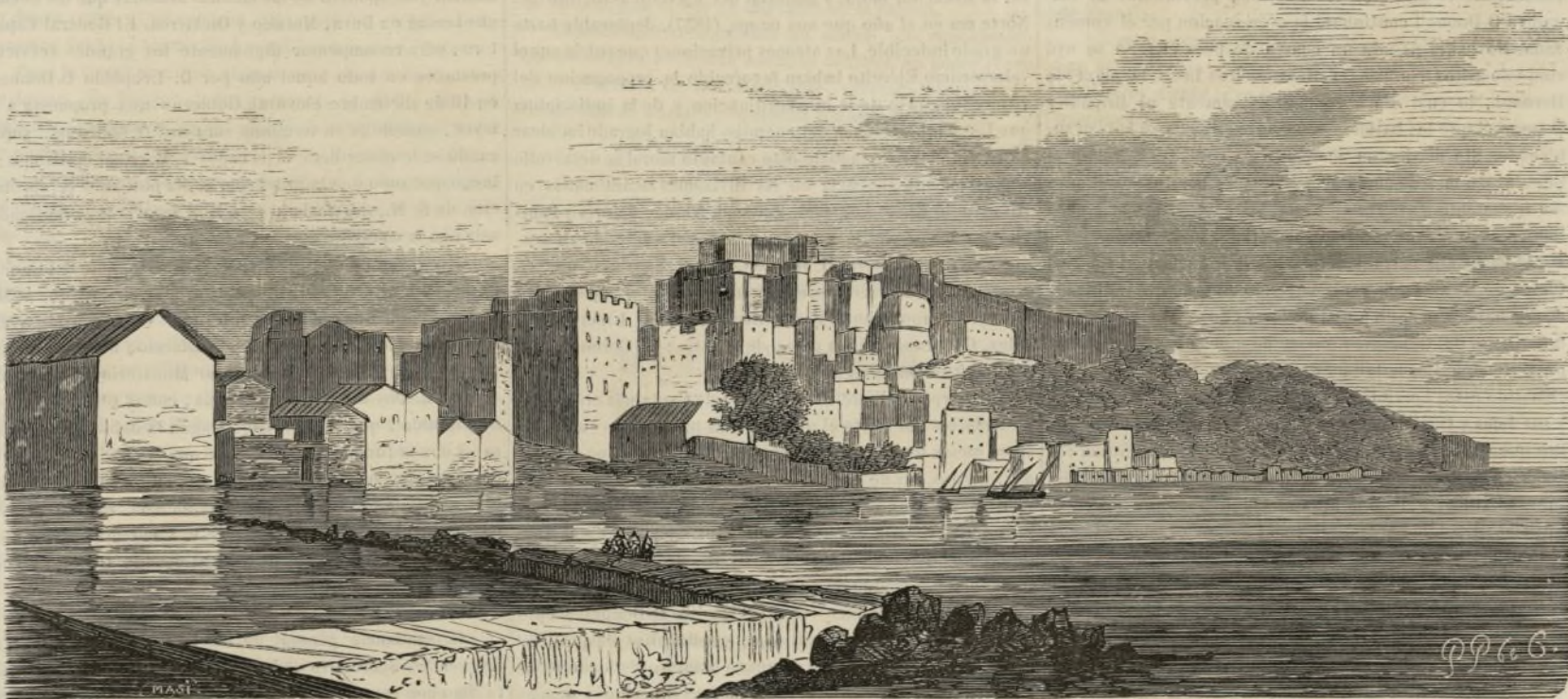


FRANCISCO II, REY DE NÁPOLES.

la brigada; pero los carlistas no esperaron la investida y se retiraron al pueblo, donde después de una refriega viva y sangrienta entraron las tropas isabelinas. El día siguiente, 17 de mayo, el General Ewans, marchó sobre Fuenterrabía, que capituló después de haberse resistido algunas horas. El mérito contraído en estas jornadas por D. Leopoldo O'Donnell fué recompensado, á propuesta del General Lacy Ewans, con la gran cruz de Isabel la Católica.

El plan de campaña del General en Jefe del Ejército del Norte había sido ejecutado en su primera parte con un éxito superior al que podía esperarse; pero adelantándose los carlistas á llevar á cabo su grande expedición proyectada, fué imposible terminarlo tal como había sido concebido.

Aunque las fuerzas que sostenían la causa de D. Carlos en las provincias del Norte eran, como hemos dicho antes, valientes, disciplinadas, tan numerosas como las del Ejército isabelino, y estaban mandadas por Jefes de reconocido mérito, habían perdi-



VISTA DE MILAZZO.

do desde el año anterior (1836) mucho de su prestigio. El paso del puente de Luchana, la derrota experimentada delante de los muros de Bilbao, y otros hechos gloriosos para las armas constitucionales, que habian tenido lugar en el referido año, obligaban al Pretendiente á hacer un esfuerzo supremo para dar otro giro á la guerra y levantar el espíritu de sus parciales en todo el reino. Con este objeto se formó en el cuartel general de D. Carlos el siguiente plan: Dejando en las provincias vascongadas fuerzas bastantes para mantener la guerra y distraer la atencion de todo ó la mayor parte del Ejército isabelino del Norte, el Príncipe, acompañado de su sobrino D. Sebastian Gabriel y de sus mejores Generales, descendería hácia Aragon y Cataluña con la flor de sus tropas; y despues de enlazar sus operaciones con las de los caudillos que seguian su bando en estas provincias, y robustecido con las tropas mas escogidas de estos, marcharía sobre Madrid. Con arreglo á este plan, el día 18 de mayo, el mismo de la toma de Fuenterrabía, D. Carlos atravesó el río Arga á la cabeza de diez y seis batallones, ocho escuadrones y un corto número de artilleros; marchó con paso firme hasta la orilla del Ebro, atravesó este caudaloso río, salvó esta formidable barrera, penetró en Huesca, y de victoria en victoria continuó su atrevida marcha hasta unirse con D. Ramon Cabrera. Al mismo tiempo, una fuerte division, acaudillada por D. Juan Antonio Zaratiegui, uno de los Jefes mas distinguidos del Ejército carlista del Norte, descendió á las provincias castellanas, se enseñoreó de ellas, y logró penetrar en Segovia, á quince leguas de Madrid. En las provincias vascongadas las fuerzas carlistas que quedaron se componian de treinta batallones de infantería con 14,290 hombres, 814 caballos y mas de 40 piezas de artillería.

El General Espartero se vió precisado á perseguir á los expedicionarios; para lo cual tuvo que disponer de casi todo el Ejército de su mando. En la provincia de Guipúzcoa dejó para custodiar la costa cantábrica y las plazas última-

mente conquistadas, un cuerpo de diez y siete batallones, al mando del General Conde de Mirasol, que reemplazaba al General Ewans, el cual regresaba á Inglaterra con la mayor parte de la legion británica, por haber cumplido los dos años de su empeño. La brigada O'Donnell pertenecía á este

cuerpo de Ejército, que se denominaba de la costa de Cantabria.

El día 19 de mayo el General Espartero salió de Hernani para Pamplona; parte de las tropas que quedaban en Guipúzcoa, entre ellas la brigada O'Donnell, le fueron acompañando en direccion del Andoain hasta el río; en toda aquella marcha y en el paso del río tuvieron que sostener reñidos encuentros, en el último de los cuales pereció el bravo General Gurrea. Luego que el General en Jefe estuvo al otro lado del río, la brigada O'Donnell y demas tropas del cuerpo de Cantabria regresaron á Hernani.

Mientras que D. Carlos recorría las provincias del interior del reino y se presentaba delante de las puertas de Madrid, y el General Espartero se afanaba por desbaratar sus planes, cayó sobre el Ejército isabelino del Norte la mas triste calamidad. Este Ejército, que con tanto valor y constancia habia soportado las mayores penalidades de aquella cruda guerra, sufría espantosas privaciones; y la mano alevé del enemigo, aprovechando oportunas circunstancias, supo sembrar en él la cizaña de la desobediencia y de la indisciplina. Las primeras chispas de aquella insubordinacion militar, que fué causa de muy lamentables desgracias, estallaron en Hernani el día 16 de julio. En este pueblo se hallaban alojados los cuatro batallones de los regimientos Infante y Princesa, que componian la primera brigada de la division Rendon. D. Leopoldo O'Donnell era Jefe de la segunda brigada de la misma division: el regimiento de Gerona, uno de los cuerpos que la componian, se hallaba alojado en unos caseríos inmediatos al pueblo.

En la tarde de dicho día, 16 de julio, al tiempo de pasar la lista en la plaza de Hernani, la compañía de cazadores de uno de los batallones de la Princesa desobedeció al Ayudante, y algunos soldados de la misma llevaron su osadía hasta maltratarle. El General Rendon hizo formar aquel batallon fuera del pueblo, y en la plaza los otros tres batallones de la primera brigada: en seguida, acompañado del Brigadier O'Donnell y de



EL GENERAL NAPOLITANO BOSCO.

Ayuntamiento de Madrid

otros Jefes, se dirigió á la compañía de cazadores del batallón formado fuera del pueblo, para averiguar quiénes fuesen los culpables y castigarlos. En esto le llega un aviso de que el Conde de Mirasol se hallaba en la plaza de Hernani, y acude al encuentro de su Jefe para darle personalmente parte de lo ocurrido, previniendo al Brigadier O'Donnell continuara la averiguación por él comenzada. No había pasado un cuarto de hora cuando se oyó ruido de gritos confusos y tiros sueltos hacia la plaza de Hernani, lo cual dió á conocer claramente al Brigadier O'Donnell que los batallones formados en ella se habían sublevado. Sin perder un momento se apresura á volver al pueblo, y á la vez manda á su Ayudante por los batallones del regimiento de Gerona, sobre los cuales ejercía mucha influencia desde que los había mandado siendo Coronel.

Al llegar á la entrada del pueblo se encuentra al General Conde de Mirasol que venía huyendo de los sublevados, los cuales habían matado á uno de los Ayudantes y al corneta de órdenes del General, y herido de mucha gravedad al General Rendon. Los batallones amotinados, después de haber cometido estos horribles crímenes, hicieron salir de sus filas á sus Jefes y Oficiales, y ocuparon las casas y las bocas calles que conducían á la plaza, dispuestos á oponer una resistencia desesperada. Comenzaba á oscurecer, y aumentaba aquel terrible conflicto la proximidad de numerosas fuerzas carlistas: á media legua de Hernani tenían los enemigos sus puestos mas avanzados, y en Andoain, á legua y media, ocho batallones que, sabedores de aquellas disensiones, podían caer sobre Hernani de un momento á otro, recobrar el pueblo y hacer prisioneras á las fuerzas que guarnecían aquella línea.

D. Leopoldo O'Donnell se penetró de toda la gravedad de aquella penosísima situación; y con el acierto, arrojo y sangre fría que le caracterizan, escogió el único y peligrosísimo medio que había capaz de superarla. Su Ayudante de órdenes vuelve con los batallones de Gerona; posible era que este regimiento estuviese también contaminado por el espíritu de indisciplina; pero permaneció sumiso y obediente á la voz de su Brigadier, á quien debía haber alcanzado bajo su inmediato mando inmarcesible gloria. Empeñar un combate en aquellos momentos con los sublevados, además de ser de éxito muy dudoso, sería auxiliar eficazmente los designios de los carlistas, que no tardarían en llegar y hacer á unos y á otros prisioneros. Entonces, solo, sin defensa alguna, sin que le arredre el furor de los amotinados, penetra resueltamente en medio de ellos; y con el lenguaje enérgico, conciso, y expresivo que le es peculiar, animado del fuego que le inspiraban las expresiones del momento, se dirige á aquellas turbas estraviadas, les habla al corazón, les hace comprender lo horrible de los crímenes que acaban de cometer; la deshonra con que habían manchado el glorioso uniforme que vestían; y consigue reducirlos á la obediencia y atraerlos á la senda del deber y del honor. Acto continuo, para reparar el mal causado, y salir al encuentro de los intentos del enemigo, manda á los batallones de Gerona ocupar los reductos que se estaban construyendo sobre el camino de Andoain; disposición acertadísima, pues á la mitad de aquella noche los batallones carlistas se movieron sobre Hernani; pero al llegar á los reductos se vieron detenidos y obligados á retroceder por el fuego de los batallones que los guarnecían. Este es uno de los servicios mas distinguidos y de mayor trascendencia que D. Leopoldo O'Donnell prestó á la causa de la Reina durante la guerra civil.

Restablecido el orden en los batallones que cubrían la línea de Hernani, el General Conde de Mirasol salió para San Sebastian, dejando á D. Leopoldo O'Donnell encargado de aquel mando. Poco después el General Jáuregui reemplazó al Conde de Mirasol en el mando de aquel cuerpo de Ejército, y á D. Leopoldo O'Donnell se le dió el de la división de vanguardia del mismo. El día 7 de agosto, con una brigada de dicha división batió á los carlistas en Portus, y el 29 en Lasarte. El General Jáuregui enfermó é hizo dimisión de aquel mando; y en 1.º de setiembre fué nombrado el Brigadier D. Leopoldo O'Donnell Comandante general del cuerpo de Ejército de la costa de Cantabria: cargo muy superior á su graduación y categoría, pero del cual se había hecho acreedor por su valor, sus conocimientos, y sobre todo por sus cualidades para el mando.

Bien puede decirse que estas cualidades fueron sometidas

entonces á la mas ruda prueba; y que D. Leopoldo O'Donnell, antes de ceñir la faja de General, sufrió un examen prolongado y rígido para probar su idoneidad y hacer ver que, aunque muy joven todavía, era muy digno de ser elevado á esta alta gerarquía de nuestros Ejércitos. En efecto, la situación moral y material del Ejército isabelino del Norte era en el año que nos ocupa (1837), deplorable hasta un grado indecible. Las atroces privaciones que sufría aquel valerosísimo Ejército habían favorecido la propagación del virus contagioso de la insubordinación y de la indisciplina que las maquinaciones del enemigo habían logrado inculcar en él. En el mes de agosto este contagio moral se desarrolló con estremada violencia en las divisiones acantonadas en Miranda de Ebro, Logroño, Peñafiel, Viana, Vitoria y Pamplona, y fueron víctimas del furor de aquella soldadesca desenfrenada, el General D. Rafael Cevallos Escalera, que en ausencia de Espartero tenía el mando en Jefe de aquel Ejército; el anciano General Conde de Sarsfield; D. Liborio Gonzalez, Gobernador de la plaza de Vitoria; el Coronel Mendivil y otros Oficiales distinguidos.

El cuerpo de Ejército de la costa de Cantabria era quizás de todos los del Norte el que mayores privaciones sufría: en trece meses los Oficiales no habían tomado mas que dos pagas, y otras dos de sus haberes los soldados, que mal alimentados y peor vestidos, á veces para proporcionarles calzado fué necesario dar armas que había sobrantes á cambio de zapatos. En tales circunstancias se encargó D. Leopoldo O'Donnell del mando de aquel cuerpo de Ejército, y con órdenes de obrar á la ofensiva. El Brigadier O'Donnell aceptó aquella inmensa responsabilidad; y ocho días después de haber tomado posesión de su nuevo mando, con ocho batallones atacó al enemigo que, con fuerzas superiores, ocupaba á Urrieta y Andoain: arrojó á los carlistas de estos dos puntos y los obligó á pasar el río Oña: tomó posesión de Andoain y de las alturas que lo dominan y comenzó algunas obras de campaña para hacer creer al enemigo que iba á permanecer en aquellas posiciones. Reforzados los carlistas con algunos batallones navarros y piezas de grueso calibre, que colocadas en las alturas de la orilla izquierda del río, podían batir el campamento isabelino, se prepararon para tomar la ofensiva. El Brigadier O'Donnell, no obstante, se decide á esperar el combate. El día 14 de setiembre los carlistas atacan con decidido empeño el ala izquierda de la línea de sus contrarios; pero los batallones de Gerona, dirigidos personalmente por O'Donnell, se batían bizarramente y los rechazan. Desgraciadamente, los batallones del centro que, aunque espuestos á los tiros de la artillería enemiga, solo eran atacados por las guerrillas carlistas, abandonaron repentinamente sus posiciones en bastante desorden, y el Brigadier O'Donnell se vió precisado á ordenar la retirada á Urrieta. En este punto rehizo sus fuerzas, volvió á tomar posición y obligó al enemigo á replegarse sobre Andoain. Causa de este contratiempo fué el espíritu lamentable de indisciplina que trabajaba al Ejército del Norte; pero don Leopoldo O'Donnell, así como tuvo la dicha de sofocarlo en Hernani cuando estalló en la división de vanguardia, logró extinguirlo con oportunos y severos castigos en todo el cuerpo de la costa de Cantabria, en términos que en breve tiempo pudo presentar sus tropas con toda confianza al frente del enemigo.

En la costa cantábrica las tropas isabelinas ocupaban el peñón sobre el cual está situado el castillo de Guetaria: los carlistas eran dueños del pueblo, del cual se habían apoderado por medio de un sitio en el año de 1836: le habían fortificado por medio de robustos parapetos desde los cuales dominaban el puerto, estando resguardados de las trincheras de guerra isabelinas que bloqueaban la costa y estorbaban el abastecimiento del castillo. D. Leopoldo O'Donnell salió de San Sebastian en vapores de guerra de la marina inglesa; desembarcó el 21 de octubre, atacó el pueblo, arrojó de él á los carlistas, destruyó los parapetos, y después de dejar el pueblo á cubierto de un golpe de mano, regresó á San Sebastian.

Por el mismo tiempo volvió el General Espartero á las provincias del Norte después de haber logrado hacer completamente infructuosa la expedición de D. Carlos, y se consagró inmediatamente á moralizar sus tropas, imponiendo severos castigos á los promovedores y cómplices de los escándalos y sangrientas sediciones que estallaron en julio y

agosto. El cuerpo de Ejército de la costa de Cantabria, á las órdenes de su Comandante en Jefe el Brigadier O'Donnell, sostuvo con ventaja siempre en todo el resto de aquel año multiplicados y reñidos choques con los carlistas; custodió perfectamente todos los puntos de la línea de San Sebastian y se apoderó de las lanchas armadas que los enemigos tenían en Deva, Motrico y Ondarroa. El General Espartero, para recompensar dignamente los grandes servicios prestados en todo aquel año por D. Leopoldo O'Donnell, en 19 de diciembre elevó al Gobierno una propuesta á su favor, concebida en términos sumamente honrosos, suplicando se le concediera el ascenso á Mariscal de Campo; y luego que supo que la propuesta había obtenido la aprobación de S. M., dió traslado de ella al agraciado, remitiéndosela con la siguiente espresiva carta:

«Miranda 2 de enero de 1838.—Mi estimado O'Donnell: Por el adjunto traslado verá V. la propuesta que hice al Ministerio de la Guerra solicitando fuese V. promovido á Mariscal de Campo. Hoy tengo la satisfacción de poder anunciar á V. se me avisa del mismo Ministerio que ha sido aprobada. Doy á V. la enhorabuena, con el placer de haber contribuido á que sus servicios tengan la debida recompensa, y con la fundada esperanza de que la patria recogerá el fruto de una elección que debe contribuir á nuevos días de gloria para la justa causa que defendemos. Espero que de cuanto ocurra por esa línea me dé V. frecuentes avisos, disponiendo del fino afecto de su apasionado General y amigo.—EL CONDE DE LUCHANA.»

Hé aquí el traslado de la propuesta:

«Comandancia general de los Ejércitos reunidos.—Al Excmo. Sr. Secretario de Estado y del despacho de la Guerra digo con esta fecha lo siguiente:—Excmo. Sr.—Cuando las tropas de la costa de Cantabria, rompiendo los diques de la disciplina militar y desoyendo á sus Jefes volvieron sus armas contra ellos y contra el General que los mandaba y se entregaron á toda clase de desórdenes delante de un enemigo respetable, solo fué dado reprimir tales excesos al carácter firme del Brigadier D. Leopoldo O'Donnell, y mas aun al prestigio y respeto que le habían grangeado sus brillantes y no interrumpidos servicios en esta guerra, en la que siempre se ha hecho admirar, ya por su valor como guerrero, ya por la inteligencia con que llevaba las tropas al combate como Jefe: á esta superioridad moral debió el haber sido puesto al frente de aquellas tropas y de la provincia de Guipúzcoa en tan difíciles circunstancias, que solo sirvieron para ilustrar mas el nombre del caudillo que con su tino y valor supo restablecer la disciplina y hacerse temer de los enemigos de nuestra causa. Este mérito singular, añadidos á tantos otros, y los que posteriormente ha contraído en las multiplicadas contiendas en que aquel cuerpo de Ejército ha triunfado de los facciosos, entre los que se cuentan la toma de Guetaria y los movimientos ejecutados para la aprehensión de las lanchas de Deva, Motrico y Ondarroa, le hacen acreedor á que S. M., usando de la natural munificencia con que ha concedido igual gracia á servicios menos relevantes, se digne ascender á Mariscal de Campo al Brigadier D. Leopoldo O'Donnell, á cuyo fin ruego á V. E. se sirva inclinar el ánimo de S. M., suplicándole asimismo que le conserve la Comandancia general de Guipúzcoa y de su cuerpo de operaciones; pues cualesquiera que sean los antecedentes militares del General á quien para su sucesor nombra S. M., no creo acertado apartar de aquel mando, delicado por mil respetos, á la autoridad que por su tino civil como por su justificación, carácter firme y conciliador, prendas militares y demas cualidades que le distinguen, se ha captado el amor de los habitantes, la veneración de sus subordinados, así como el terror de los enemigos y mi entera confianza, circunstancia sin la cual no debo ni puedo responder á S. M. y á la nación del éxito de las armas en aquel distrito.—Lo traslado á V. S. para su inteligencia y satisfacción. Dios guarde á V. S. muchos años.—Cuartel general de Logroño 19 de diciembre de 1837.—EL CONDE DE LUCHANA.—Sr. Brigadier D. Leopoldo O'Donnell.»

Dados á conocer estos documentos literalmente, todos los comentarios son inútiles.

(Se continuará.)

JOSÉ SIDRO Y SURGA.

TUMBA DE ABSALON, CERCA DE JERUSALEN.

Ningun templo edificado por mano del hombre puede elevar los pensamientos hacia el cielo como el flanco del Monte de los Olivos ó de Bethania, los valles de Sion ó de Belen, las rocas seculares, los arroyos que hace miles de años están corriendo, y hasta el susurrar del aire, que en aquellos sitios se parece al gemido del que lamenta la muerte de un amigo. ¡Qué sombrío, qué vasto es el valle de los muertos desde la tumba de Raquel hasta la de Zacarias!

Pero la tierra no cubre eternamente sus presas. Genizas de Jueces, de Reyes y de los guerreros de Judá, han sido lanzadas al viento, y apenas quedan hoy algunos mutilados fragmentos de los sepulcros de piedra y de los sarcófagos que los recibieron en su seno; las criptas de la muerte han sido violadas y barridas por el incesante impulso de las lluvias y los vientos. Allí aparecen aquellos fragmentos mauseólicos en una árida llanura: nuestros ojos no encontraron allí ni bosquecillos, ni sombras, ni flores, ni huellas de pie humano; ni se oían otros ecos que los de nuestra voz, ni en realidad se veía nada de grandioso, sino las venganzas imágenes que nuestra religiosa veneración nos hacía concebir.

Al descender por el valle de Josafat á los primeros rayos del sol naciente, para visitar la tumba de Absalon, se respiraba un aura de deliciosa frescura. Nos hallábamos á fines de abril, en aquella estación en que los valles y colinas que rodean la ciudad se despojan de su manto de luto y de ruina, y parecen volver á regocijarse como en los tiempos antiguos. El monte Olivete bañado de suave luz estaba revestido de oro y de púrpura, en tanto que otros rayos de luz mas vivos se reflejaban sobre el Calvario, la torre de David y el Campo de la Sangre. El torrente de Siloam descendía al valle en medio de un Océano de luz. ¡Qué espléndida brillaba la magnificencia y la frescura de la aurora en la cima de todas aquellas montañas! Algunas horas despues era penoso verlas desaparecer y confundirse con el calor y la luz del día, aumentadas y reflejadas por las numerosas ruinas, las aguas estancadas y las angostas y miserables calles. Una recua de camellos que iba de Damasco al Cairo, avanzaba serpenteando lentamente entre los olivos al compás del monótono canto de sus conductores árabes.

La tumba de Absalon ostenta el carácter de la mas remota antigüedad, y es un objeto muy interesante en aquel valle.

La piedra de que está construida presenta un color amarillento, su decoración consiste en órdenes de medias columnas y su altura se divide en tres pisos y termina por una cúpula.

Difícil sería marcar la época en que se levantó este monumento, aunque con toda seguridad puede afirmarse haber sido en una remota antigüedad, y es probable que indique el sitio en que aquel desgraciado Príncipe erigió la columna que debía perpetuar su memoria, segun consta de estas palabras: «Entonces Absalon durante su vida se mandó erigir una columna, que está en el valle del Rey, porque dijo: no tengo hijos para perpetuar mi nombre, y se lo dió á esta columna, y se la designa todavía con el nombre de *Puesto de Absalon*.»

Completamos las noticias históricas que anteriormente hemos dado acerca de los drusos, publicando un grabado que los representa en su traje y ademán favorito, cuando fatigados de sus correrías se recojen á tomar un momento de descanso entre las ruinas de algun edificio.

Entre los sucesos á que ha dado margen la expedición de Garibaldi, sucesos que nos reservamos apreciar en el momento que desprendidos por completo del ficticio apoyo que les dan causas que no son de nuestra competencia, aparezcan sin recomendación agena en el terreno militar, descuellan una gallarda figura, cuya lealtad y honroso comportamiento no pueden menos de excitar simpatías hasta en los mismos que por de pronto dan por bien conculcadas las leyes, siempre que por ello resulte un beneficio á sus mezquinas pasiones.

Hablamos del Coronel napolitano, hoy General Sr. Bosco.

Ese digno Jefe es el que, bien enterado tal vez de causas que entonces eran secretas, instó al caudillo expedicionario á reasumir en el trance de un combate personal todos los incidentes de la guerra; es el que posteriormente reprimió con su sereno valor el impetuoso acometimiento de los expedicionarios, y es, por último, el que en el consejo ha combatido con energía el dictámen de los que contando aun con poderosos medios de resistencia, eran, segun parece, de opinion que el Rey se marchara de la capital.

Tenemos por consiguiente un placer, del cual creemos que participarán tambien nuestros lectores, en poder reproducir el retrato de tan digno Jefe, ofreciéndole como un testimonio de nuestra respetuosa simpatía militar.

EPISODIO DE LA GUERRA DE BRETAÑA

escrito en francés

POR MR. OCTAVE FEUILLET.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

VIII.

(Continuacion.)

Mi General,—dijo,—he sido burlado y chasqueado de una manera indigna. Mi hermana es una niña que ha creído prestarse á una broma excelente. En cuanto á los demas....

El Comandante Pelveu completó su pensamiento con un movimiento de cabeza lento y prolongado que indicaba un resentimiento amargo y profundo.

El General se había acercado á una ventana: permaneció algunos instantes con la vista fija en el espacio y las cejas fruncidas, cual si se hallase sumido en una irresolución penosa: luego, volviéndose de improviso, dijo:

—Supongo que tome yo bajo mi responsabilidad el restituir á Vd. su libertad; ¿qué uso haría Vd. de ella? porque no puedo pensar en emplear sus servicios, al menos por ahora, Veamos, ¿qué haría Vd.?

—Me iría en derecha á los chuanes, al cuartel general del Príncipe, puesto que hay un Príncipe.

—¿Está Vd. loco?

—Recobraría mi nombre y mi título,—prosiguió el joven con vehemencia, porque necesito el privilegio que me conceden para decir al héroe de esta farsa representada á costa mía: «Caballero ó señor, poco me importa, hé aquí á un noble como vos que os pide cuenta del peligro en que, por un cálculo desleal, habeis puesto, no su vida, sino su honra.»

—¡Y sus amores!—añadió el General riendo y alzando el brazo con un movimiento lleno de gracia juvenil.—La verdad, Hervé, si es una locura, me agrada. No he nacido, ni con mucho, en noble y aristocrática cuna, como Vd. sabe; pero me atrevo á decir que hubiera yo llegado á ser noble en los tiempos en que, para conquistar un blason, solo se necesitaba tener afición á las aventuras, y un poco de audacia en el corazón. Sin embargo, ese proyecto es una verdadera calaverada, y nada puedo decir en su apoyo sino que yo haría otro tanto si me hallase en el lugar de Vd., sea de ello lo que quiera, si llegase á sucederle alguna desgracia, deja Vd. aquí á compañeros fieles que acosarán á ese maldadín para librar á Vd. ó para vengarte.

—Me marchó con él,—dijo Francis,—para ver á las señoras de la corte.

—Tendrá Vd. á bien esperarme, caballero.—Pelveu, tome Vd. de nuevo su espada; pero le aconsejo que se quite el uniforme. También debe Vd. proveerse de ese malhadado salvo-conducto, pues de lo contrario le sería imposible penetrar entre esos señores que tienen fuerzas considerables y se hallan en pié de guerra en toda la comarca.—Y aguarde Vd.,—prosiguió el General escribiendo apresuradamente en un papel,—oculte Vd. eso en el forro de su casaca con el fin de estar tambien resguardado para con la República.

—Mi General, me confunde Vd. con sus bondades.

—Quisiera poderlo á Vd. hacer olvidar el mal rato que acaba de pasar, Pelveu. Vaya Vd., ahora, bajo la protección de Dios. Espero que se separará de mí sin guardarme rencor.

Hervé cogió con sus dos manos la que el General le tendía, y la estrechó lleno de emoción.

—¡Adios mi General!—dijo;—voy á conquistar el derecho de regresar al lado de Vd. y continuar sirviéndole.

—No á mí, Pelveu, nunca á mí, sino á la Francia, á la República fuerte, paciente y generosa.

—Así lo entiendo, tambien,—repuso Hervé.

Se inclinó con afectuosa cortesania, y salió acompañado de Francis.

Pocos momentos despues, Pelveu y el Teniente galopaban en dirección á Rennes; pero cuando hubieron recorrido dos leguas, Hervé tuvo que tomar por un camino de travesía para no entrar en la ciudad, que podía ofrecer peligros para él. Allí fué donde se separaron ambos jóvenes, dos horas, próximamente, antes de la puesta del sol, uno para regresar al lado del General en Jefe, y el otro para correr las nuevas aventuras á que le lanzaban, contra todos los consejos de la prudencia, los sentimientos fogosos del hombre ultrajado y del amante celoso.

IX.

Bebe tu propia sangre, Beaumanoir,
que así se aplacará tu sed.

(ANTIGUA BALADA.)

Al día siguiente, á la misma hora de la tarde, el Comandante Pelveu, con su uniforme de diario, recorría el camino de Pielan á Ploermel, y apresurando el paso de su caballo procuraba llegar á esta última población antes de que estallase la tormenta que estaba ya amenzando. Un nublado denso y sombrío, que se extendía hasta el horizonte, bajaba gradualmente hacia las copas de los corpulentos y elevados árboles de movable hojarasca. A intervalos, el polvo del camino quedaba señalado con anchas gotas de agua. En las cercanías, en el campo, reinaba ese silencio imponente, esa calma solemne en que la naturaleza entera parece recojerse al aproximarse el peligro. De improviso, un relámpago desgarró profundamente la nube; una detonación retumbante hizo retremblar el suelo; al mismo tiempo, un diluvio de agua y de granizo se precipitaba sobre la tierra; oscureciendo la luz del día con una niebla espesa. El caballo del viajero, deslumbrado por el resplandor del relámpago, cegado por la lluvia, dió un salto de costado, se paró, y luego arrancó otra vez, de improviso, á galope con una impetuosidad que el jinete no alcanzó á dominar.

Pelveu concluyó por abandonarse sin resistencia, y no sin una especie de sensación agradable, á aquella carrera furiosa por entre los elementos desencadenados, cuando, en un recodo del camino, estuvo á punto de ser derribado por el choque de unos veinte ginetes que corrían en dirección contraria, y que pasaron por su lado como un torbellino. Hervé solo tuvo tiempo suficiente para conocer que eran dragones de la República y preguntarles á dónde iban tan apresuradamente; pero la rapidez con que continuaba arrastrándole su caballo, y los ruidos terribles de la tempestad no le permitieron que oyese la respuesta. Solo vió que uno de los soldados se volvía haciéndole un gesto con la mano, como para aconsejarle que no siguiese su marcha. A media legua de allí vió Pelveu á otro grupo de ginetes que corría hacia él con la misma apariencia de precipitación y desorden. El Comandante, que por fin había logrado dominar á su caballo, se cruzó en el camino é hizo seña á los fugitivos, porque aquellos hombres no tenían trazas de correr al encuentro del enemigo, les hizo seña para que se detuviesen. El torrente de hombres y caballos no intentó luchar con el débil dique que se le oponía; se dividió humildemente en dos corrientes que, dejando á Hervé por dueño absoluto de la posición, volvieron á reunirse muy luego, despues que hubieron pasado.

—¡Bandidos!—gritó el joven indignado.

Al mismo tiempo lanzaba su caballo en persecución de la columna, y cogiendo á un dragon por el cinturón del sable, le dijo con una cólera que el semblante afligido y desconsolado del cautivo convirtió en seguida en un gran desecho de reirse:

—¿A dónde vas tan de prisa, bribon?

—A Pielan, mi Comandante, al primer acantonamiento republicano.

—¿Os persiguen, por ventura?

—No lo sé, mi Comandante. En Ploermel decían que iban

al llegar los blancos. Yo no lo creo, pero he seguido á los compañeros.

—¿Y de dónde diablos venís?

—Pertenece á la division de Humbert, que á estas horas debe estar en Quimper; pero hemos sido separados de nuestra brigada en la derrota....

—¿Cómo en la derrota, bribon?

—Así es, mi Comandante. No le aconsejo á Vd. que vaya á pasearse, por mero gusto, mas allá de Ploermel. Hay allí cierta comarca en que se abrasa uno como en los trópicos.

—¿Y quién manda á los chuanes?

—¡Ah! es un mozo valiente, y que no teme exponerse. Al mismo tiempo es bonito y gallardo cual ninguno.

—¿Pero quién es, tuno, lo dirás?

—¡Es el ex-príncipe, su Dios, su ídolo, qué sé yo! Dicen que uno de nuestros Oficiales es quien le ha ayudado á desembarcar. ¡Linda cosa ha hecho, por vida mia!

—¡Dime!—esclamó Hervé interrumpiéndole con cierta viveza, ¿Dónde hemos sido derrotados?

—En Pluvigner, y luego mas arriba, en Camors, pero sin mancillar nuestra bandera, mi Comandante; recibían reclutas de todas partes.... En Camors, en donde hay un desfiladero rodeado de bosques, el General nos había mandado desmontar para hacer fuego; nos sostuvimos durante doce horas, corriendo de árbol en árbol.... por cierto que el Príncipe estaba allí.... tuve ocasion de verle muy bien.... ¡Eh!

General,—dijo al ciudadano Humbert desde el sitio en que se hallaba al pié de un árbol, comiendo tranquilamente un bocadito y aguardando á que comenzase de nuevo el baile.... ¡eh! General,—dijo....—pues se había convenido en cesar el fuego durante media hora para tomar un refrigerio....

—Y por último, ¿qué fué lo que le dijo?—preguntó Hervé sacudiendo su capa que estaba chorreando agua.

—¡Eh! General,—dijo,—sin lisonja, tiene Vd. ahí los mejores granaderos, dragones y demas soldados que he visto batirse en línea en toda mi vida.—«Puedo ofrecer á usted otros tantos todavía, caballero desconocido,—contestó el ciudadano Humbert;—Vd. también tiene mozos muy templados, y Vd. mismo no es el peor de ellos.»

—Ambos hablaron muy bien,—dijo Hervé con grave acento;—pero, ¿dónde está el Ejército de los azules en este momento?

—¡Ah! ¿qué dónde está? eso es lo difícil de la cuestion,—repuso el soldado.—Figúrese Vd., mi Comandante, que todo ha desaparecido: infantería, caballería, los cañones que nos han cogido, las municiones, todo parece que se lo ha tragado la tierra. No ha sido visto ni oído: de nada se tiene noticia. El país está tranquilo, parece una balsa de aceite, y no se ve un hombre; pero el terreno suena á hueco debajo de los piés, como si se caminase sobre una bóveda. ¿No se viene Vd. con nosotros, mi Comandante?

—No,—dijo Hervé.—Anda, amigo mio, ve á secarte.

El dragon, llevándose una mano al casco para hacer el saludo militar, tomó con la otra la moneda de plata que le daba Pelveu, y se marchó á galope.

Media hora despues, el jóven Comandante se apeaba del caballo delante de la puerta de una posada que ostentaba á orillas del camino, á un tiro de fusil de Ploermel, su facha-

da modesta, aunque adornada con el ramó tradicional. Pelveu confiando su cabalgadura á un muchachuelo con almadreñas que le contemplaba con un aspecto de timidez recelosa, entró en la cocina de la posada, en donde tres campesinos, sentados bajo la ancha campana de una chimenea, hablaban á media voz con la apariencia de una viva animacion. Se levantaron en seguida, como por respeto, y dejaron de hablar; luego, acercándose á la puerta por medio de una serie de evoluciones sábias, mientras que Hervé dirigía algunas preguntas indiferentes á la posadera, desapa-

Cuando Hervé se sentó á cenar, intentó reanudar la conversacion con su prudente patrona; comenzó por alabar su mérito culinario y la limpieza del servicio, despues de lo cual juzgó que ya se hallaba en bastante buen predicamento para preguntarle pormenores mas explicitos acerca del estado del país y de las probabilidades que podia haber de viajar por él con seguridad. La posadera le contestó que, á Dios gracias, no tenía la costumbre de envenenar á las gentes que comian en su casa, y que si el caballero, queria decir el ciudadano Oficial, se quedaba á dormir en su posada,

veria que las sábanas estaban tan limpias como el mantel y la loza, en lo cual no decia sino la mas estricta verdad, como Hervé tuvo ocasion de observarlo un poco mas tarde.

La buena mujer añadió que, en cuanto al estado del país mas allá de Ploermel, como no había puesto allí lo piés hacia unos diez años, nada podia decir con seguridad sino que acaso habrían ocurrido muchas cosas que ella ignoraba; que por lo demas el jóven caballero,—quiso decir el noble Oficial,—no podria menos de saber á punto fijo á qué atenerse si continuaba su viaje, lo cual no le aconsejaba, aun cuando no tenía razon alguna para retraerle de ello.

Hervé hubo de contentarse con estos datos, de los cuales no hemos hecho sino dar al lector un extracto sucinto; se levantó de la mesa, y viendo que era ya enteramente de noche, dijo á la posadera que iba á dar una vuelta por la ciudad y que deseaba encontrar preparado su cuar-

to cuando volviese. Una hora despues regresó llevando debajo del brazo un paquete bastante voluminoso envuelto en un pedazo de lienzo; pagó el gasto de su hospedaje, anunciando que al dia siguiente pensaba marchar muy temprano y se retiró á su cuarto, cuyas comodidades le describió prolijamente la posadera, dejando á la esperiencia el cuidado de enterarle de lo demas. (Se continuará.)

EL MUNDO MILITAR,

SALE TODOS LOS DOMINGOS

En España.

Para los suscritores á la GACETA

MILITAR.

1 mes. ... 8 reales.
3 id. ... 24
6 id. ... 46
1 año. ... 85

Para los no suscritores.

1 mes. ... 10 reales.
3 id. ... 30
6 id. ... 57
1 año. ... 100

En la Habana y Puerto-Rico.

6 meses. ... 100 reales
1 año. ... 190

En Filipinas y el extranjero.

6 meses. ... 110 reales.
1 año. ... 200

Se suscribe en Madrid en la Administracion, calle de San Bernardino, núm. 7; y en las librerías de *Moro*, Pueria del Sol; *Duran*, calle de la Victoria; *Bailly-Bailliere*, calle del Príncipe; *Lopez*, calle del Carmen, y *Olamendi*, plazuela de Pontejos.

En provincias en casa de los Sres. Habilitados de los cuerpos, y en las de los correspondientes de la *Gaceta Militar*.

NOTA. En provincias no se admite suscripcion por menos de tres meses.

OTRA. No se servirá suscripcion alguna, bien sea hecha directamente, bien por medio de los correspondientes, á cuyo aviso no se acompaña el importe.

Los números sueltos se venderán á 4 reales.

REGALOS Á LOS SUSCRITORES.

Siempre que las circunstancias y objetos lo requieran, se darán en hojas sueltas planos y magníficas láminas litografiadas á colores.

El número 1.º salió el día 15 de noviembre de 1839.

Por todo lo no firmado, el Secretario, FRANCISCO MEDINA-VEYIA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.
Editor responsable, D. Jacinto Rodriguez.

MADRID: 1860.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodriguez, calle de San Bernardino, núm. 7.



EPISODIO DE LA GUERRA DE AFRICA.

Interior de la tienda de los Oficiales de la quinta y sexta compañía del batallón cazadores Alba de Tormes, la noche del 7 al 8 de enero último en que reinó un terrible temporal.

(Remitido por D. Enrique Sancho.)

recieron unos despues de otros, fijando en el uniforme republicano una mirada que nada tenía de amistosa.

La posadera, mujer de unos cuarenta años, de formas robustas y rostro muy colorado, pareció al pronto que no consideraba de un modo mucho mas benévolo al distinguido parroquiano que el cielo y la tormenta le deparaban; pero sorprendida por la buena apariencia del jóven y por la cortesania con que se espresaba, dejó gradualmente su aspecto sério, llegó hasta el extremo de sonreírse, y concluyó por contestar que de seguro haría lo posible para que el jóven caballero, queria decir el digno ciudadano, no se arrepintiese de haber entrado en su casa.

Mientras que aquella mujer le preparaba la cena, Hervé se colocó en uno de los bancos que amueblaban la habitacion, y mientras secaba su capa y sus botas á la llama de un haz de retamas, se informó de lo que se decía por el país, á lo cual contestó la discreta matrona que nada se decía de nuevo ni que mereciese la pena de referirse; que, por lo demas, cada cual sabia lo que había de decir ó callar, y que, en cuanto á ella, con la ayuda de Dios, nadie ignoraba que siempre había tenido mas propension á coserse los labios que á soltar la lengua.

Hervé, guardándose muy bien de impugnar este aserto, que sin embargo era muy impugnable, replicó que la suplía viese solo en él á un simple viajero que se hallaba muy lejos de abrigar la pretension de arrancarle sus secretos, y que solo deseaba saber si se trataba de la llegada de las partidas realistas á Ploermel. Si se había de creer á la posadera, nada de esto se sabia, y los ginetes republicanos, á quienes sin duda había encontrado, se habían asustado de su sombra, lo cual no le costó trabajo creer al Comandante, pues con frecuencia había visto á los mejores soldados ceder á esos pánicos inexplicables.